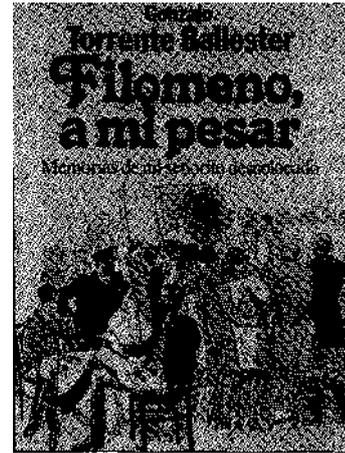


## TEATRO

# La historia y la Historia en las últimas novelas de Torrente Ballester y de Molina Foix



PEDRO CARRERO ERAS \*

ES frecuente que una novela adopte la fórmula autobiográfica de las memorias, y que esa historia, con minúsculas, la del personaje literario o de ficción, se instale en los acontecimientos su-praindividuales que configuran la Historia. Para ello no es necesario recurrir a la definición de *novela histórica*, que tiene unas características especiales. Sin embargo, raro es el relato que, sin pretender inscribirse en el citado género, e incluso tratando de evitarlo, no participa de esas dos coordenadas: la historia personal y la Historia colectiva. Todos sabemos que el novelista puede tratar de situar su narración al margen del espacio y del tiempo eliminando referencias concretas (como sucede en la novela vanguardista) o inventando otra Historia (como, por ejemplo, en *El testimonio de Yarfoz*, de Rafael Sánchez Ferlosio). De cualquier modo, hasta la obra literaria más aparentemente desligada del contexto histórico nos remite a unas circunstancias concretas, como bien apunta Francisco Ayala en su ensayo *La estructura narrativa* (Taurus, 1970, pág. 13): «Aun el más puro

y desprendido de los poemas líricos nos introduce en el proceso sentimental de un determinado sujeto, se refiere a un momento histórico de un hombre concreto».

A las dos novelas de signo tan dispar que hoy analizamos les une, sin embargo, ese rasgo de la fusión de la historia pequeña y la Historia grande, aunque en los intereses de sus autores y en los resultados del relato domine lo individual sobre lo colectivo. Se trata de *Filomeno, a mi pesar*, de Gonzalo Torrente Ballester(1) y de *La Quincena Soviética*, de Vicente Molina Foix (2), es decir, de dos escritores consagrados que también aparecen en relación debido a otra circunstancia, absolutamente extratextual y de interés, en todo caso, socioliterario: la de haber obtenido dos premios bien conocidos de la República de las Letras españolas, el Planeta y el Herralde respectivamente.

Ahora que nuestro siglo está a punto de iniciar la recta final, la de la última década, y que es el momento en que todos nos sentimos tentados a los balances y a las perspectivas de conjunto, re-

\* Madrid, 1946. Profesor de Literatura de la Universidad de Alcalá de Henares.

(1) Gonzalo Torrente Ballester: *Filomeno, a mi pesar. Memorias de un señorito descolocado*, Barcelona, Ed. Planeta, Premio Planeta de 1988, 1.<sup>a</sup> ed., noviembre de 1988.

(2) Vicente Molina Foix: *La Quincena Soviética*, Barcelona, Ed., Anagrama, VI Premio Herralde de Novela, 2.<sup>a</sup> ed., diciembre de 1988.

sulta especialmente oportuna la lectura de esta clase de narraciones en las que la Historia adquiere un protagonismo especial. El tratamiento de la relación entre el individuo y los hechos de la colectividad, o, por decirlo de otra forma más adecuada, entre el protagonista del relato y los acontecimientos históricos que arrojan el desarrollo argumental, es bien distinto en uno y otro autor, como trataremos de exponer a continuación. Para empezar, el marco histórico es mucho más amplio en las memorias de Filomeno Freijomil (buena parte del siglo XX, pasando por las dos guerras mundiales, hasta los años de la posguerra española), mientras que el Ramiro (alias *Simón*) de *La Quincena Soviética* se vincula a un momento determinado del franquismo (los últimos años 60, los de las protestas estudiantiles y obreras). Además, la actitud de uno y otro héroe novelesco ante los estímulos del entorno difiere radicalmente: Filomeno es más un espectador de lo que acaece, mientras que Ramiro es todo lo que se entiende como un militante y activista de partido. De todas formas, la Historia interfiere en la vida de los dos, y si en el primero se observa una evolución que va de la indiferencia al interés, de lo individual a lo colectivo, el segundo se mueve entre la disciplina del Partido —que exige de él respuestas automáticas— y sus impulsos personales.

## Torrente Ballester: los recursos de un maestro

**B**IENVENIDO sea un Premio Planeta como el de este año, aunque haya recaído en un

autor consagrado (sobre el tema de la frecuencia con que los premios de este tonelaje recaen en escritores conocidos, ya resulta aburrido insistir). *Filomeno, a mi pesar* es una novela en el más tradicional sentido de la palabra, y puede colmar las expectativas tanto del gran público como de otro sector escogido de lectores. Podemos considerarla como una novela perfectamente comercial —a pesar de su notable extensión y solidez— que no desmerece para nada la sabiduría literaria y la hondura filosófica a las que nos tiene acostumbrados su autor. Probablemente esa universalidad constituye el difícil equilibrio que saben guardar los grandes novelistas. Hay mucho de maestría y de *savoir-faire* literarios en esta obra, a la que no podemos exigirle una genialidad que tampoco reclamamos a todas y cada una de las novelas de —valgan como ejemplos— Balzac y Caldos.

Quizá el título puede arrojar, en principio, una cortina de humo de frivolidad: *Filomeno, a mi pesar* tiene resabios de sainete, y la idea de indicar un subtítulo —*Memorias de un señorito descolocado*— no resulta, como la de cualquier subtítulo, demasiado afortunada (incluso puede hacernos pensar en un señorito holgazán y juerguista, como el del dibujo de la portada del libro, que no es, en modo alguno, la que se corresponde al personaje). Los que queremos decir es que la novela ofrece suficiente seriedad y solidez como para despejar enseguida y con creces esa primera falsa impresión. En el fondo ese título apunta a dos cuestiones fundamentales de la narrativa y de la personalidad literaria de Torrente: una, la reflexión sobre el lenguaje, y concretamente sobre el signo lingüístico; la otra, la doble personalidad del protagonista,

indudablemente incómodo con el nombre —Filomeno Freijomil— que le asignó la rama paterno-española, mientras que en Portugal, y gracias a su abuela materna, doña Margarida, se le conoce con el más sonoro y poético de Ademar de Alemcastre. La doble filiación, la gallega y la portuguesa (a esta última se suma, al parecer, la británica de un Lancaster); todo ese ir y venir a un lado y a otro de la frontera, entre Villavieja (una simbólica Vetusta gallega) y el hermoso pazo de la región de Minho; todas esas circunstancias nos recuerdan, aunque en términos mucho más realistas, las del personaje habitual de las novelas de Torrente: un personaje complicado en cuyos problemas de identidad se refleja la misma confrontación que existe entre el mundo real y el mundo de ficción o literario, así como el trasvase continuo que se establece entre esas dos dimensiones. (En el núm. 18 de esta revista nos referíamos a esa misma cuestión en nuestro análisis de *Quizá nos lleve el viento al infinito*, cuyo protagonista, en virtud de los mágicos recursos de la ciencia-ficción, alcanzaba el punto máximo de indeterminación y evanescencia que imaginarse uno pueda.) Por otra parte, es muy de agradecer esa incursión de Torrente en el mundo luso, tan unido a nosotros y, sin embargo, tan frecuentemente ignorado.

## La incertidumbre del héroe

**F**ILOMENO ofrece también bastantes consonancias con el personaje de Carlos Deza en *Los gozos y las sombras*: gallego; bueno en el machadiano buen

sentido de la palabra; con inquietudes intelectuales (en este caso, literarias); dominado por una falta de vigor y decisión ante los problemas y alternativas que presenta la vida, no por pusilánime, sino porque las razones últimas de la existencia son indescifrables. Filomeno se sitúa al margen del mundo y de los acontecimientos como si fuera más un *lector* de la vida que un protagonista. Mientras que a otros les apasionan y arrebatan las ideas, los proyectos y los intereses, este héroe novelesco —tan moderno, tan de nuestro siglo— se declara perdido, como así se lo confiesa a Benito: «Ando un poco perdido, ¿sabes? Pero eso no es nuevo. Siempre anduve perdido» (págs. 116-117). Mientras que el repelente Sotero.—¿quién no se ha tropezado en su vida con alguien así?— «hablaba con el aplomo del que está en posesión de la verdad» (pag. 127), Filomeno pertenece a esa clase de héroes novelescos que parecen encarnar la herencia de Cervantes, que Milán Kundera define como «la sabiduría de lo incierto». Lejos, pues, de todo dogmatismo, Filomeno define el mundo como incomprendible: «La verdad es que todo lo que nos rodea es incomprendible; son infinitas cimas de iceberg, quién sabe si de un iceberg único e infinito» (pag. 150). Esa falta de voluntad —esa *no-luntad*— no es exactamente apatía, deshumanización o carencia de sentimientos (pues él ama a Belinha, a Úrsula e incluso llegará a amar a María de Fátima), sino, fundamentalmente, perplejidad intelectual, indecisión y duda ante esas odiosas situaciones en que la vida nos obliga a elegir, elección que hipoteca nuestro futuro. Debido a los bienes de fortuna familiares —que tanto le reprocha Solero— Filomeno no se ha visto espoleado por esa necesi-

dad y ese empeño que convierte a muchos hombres en verdugos de sus semejantes. Como resultado de todos esos factores, Filomeno es la antítesis de la ambición y del poder: lo mismo da que trabaje en un banco en Londres o como corresponsal de un periódico. Su vida es su vida interior, sus amores —o su soledad, según las épocas— y, por supuesto, la literatura. Su afición a leer y a escribir (forjada esta última, por cierto, en la época de las vanguardias) define claramente su actitud de «vida retirada», que tiene su más idóneo escenario en el dulce apartamento del pazo miñoto.

## La forja de un liberal

**S**IN embargo, la historia termina irrumpiendo en la trayectoria personal de Filomeno y, de alguna forma, comprometiéndolo. Primero trunca sus amores con Úrsula —alemana de origen judío— cuando ésta debe ocupar el puesto de su hermana, una activista muerta a manos de los nazis. Los acontecimientos que preceden a la Guerra Civil española y a la Segunda Guerra mundial sorprenden a Filomeno bastante ignaro en conocimientos y antecedentes sobre el tema. No obstante, se observa —como ya hemos apuntado— una evaluación que va del desinterés y del desconocimiento inicial a una mayor preocupación por los sucesos de su país y por lo que se está cocinando en el mundo, actitud que aumentará cuando sea enviado a Londres como corresponsal de un diario de Lisboa. Allí la historia está presente también en forma de bombardeos de la aviación ale-

mana, y en medio de los escombros de la heroica ciudad se fortalece el talante liberal de Filomeno frente a la ferocidad de los totalitarismos. Ese talante tendrá su expresión máxima en la última parte del libro, cuando se retire a Vi-llavieja. En ese rincón de la España franquista Filomeno y sus amigos contertulios representan esos reductos de liberalismo que nunca faltaron en aquellos años, siempre acosados por la policía social y siempre tildados de *rojos* por el Régimen y sus acólitos. Especialmente notable y esperpéntico resulta el entierro de Flora, la regente de una casa de prostitutas, transformado en una multitudinaria manifestación espontánea que exige su sepelio en sagrado. Filomeno, como mentor de la tertulia que se reunía, precisamente, en el prostíbulo, se convierte por unos momentos y por primera vez en su vida en líder y responsable de un alboroto popular. La respuesta de las autoridades no se hace esperar, y en esa entrevista entre el gobernador civil y Filomeno escuchamos —también por vez primera— las afirmaciones más rotundas de nuestro personaje: «Yo soy ciudadano libre y acostumbro a pensar por mi cuenta, y si mi pensamiento disiente del otro, a discutirlo» (pág. 432). Es el último acto social de quien ha demostrado poseer una gran discreción en su trato con la vida y con los demás, de forma que el pazo portugués será su último y consecuente refugio en el exilio. Aunque tenga las espaldas cubiertas, Filomeno ha protagonizado ese tipo de gestos que coronan con dignidad toda una vida.

## Desigualdades del proyecto estético

**E**STA última novela de Torrente Ballester se inscribe en el grupo de obras de orientación realista, como *Los gozos y las sombras* y *Off-side*. Sin embargo, en *Filomeno, a mi pesar* se refleja todo el genio del autor, incluyendo el de su segunda época, la más fantástica, de la *La saga/ fuga de J.B.* o *Fragmentos de Apocalipsis*. Dos ejemplos de esos motivos recurrentes pueden ser la personalidad múltiple del protagonista y la referencia al mundo céltico. No es extraño, pues, que en ese interminable y caudaloso discurso narrativo se registren algunos desajustes de tratamiento y equilibrio estructural. No todos los períodos de esas memorias guardan entre sí la misma proporción: el ritmo se vuelve demasiado sucinto y, por consiguiente, frenético en la descripción de los sucesos a los que asiste Filomeno como corresponsal de guerra (por ejemplo, en la retirada de Dunkerque) y de los que podría haber sacado mayor sustancia. Es como si toda la historia tuviera que entrar a presión en el relato para que no falte de nada. En realidad, el propio autor es consciente de esa desproporción y se cura en salud cuando titula el capítulo cinco como «Largo interregno contado algo deprisa».

También se observan desequilibrios en el tratamiento de algunos personajes, como el de Clelia, la alocada francesa, demasiado vago e incompleto dentro del cuadro general de las amadas de Filomeno, y sobre las que el autor ofrece abundantes detalles psicológicos, como es todo lo concerniente a la

esterilidad provocada de Úrsula —que terminará sublimando mediante su entrega a una causa política— o la frigidez y el egoísmo de la brasileña María de Fátima. Por cierto que, en la pintura de toda esa galería de personajes, destacan los tópicos freudianos, y especialmente el complejo de Edi-po en la relación de Filomeno con Belinha, que de alguna forma le dejará marcado. Volviendo a lo que hemos dicho de Clelia, cabría apuntar ahora en descargo del autor que, al igual que en la vida misma, el destino de algunos personajes es precisamente el de desaparecer cuando apenas habíamos comenzado a vislumbrarlos, como también sucede con el profesor de francés, que un día se esfuma sin dejar rastro o con el mayor Thompson —un lugar común, por cierto, de la literatura y del cine británico—, que muere nada más conocer a Filomeno.

En general se observa una acusada precipitación en los dos últimos capítulos y un tono diverso y, en cierto modo, desconectado respecto a los anteriores, donde el análisis de las situaciones y de la psicología de los personajes resulta más completo. Pero, en conclusión, se trata de una novela profunda y entretenida, que honra al premio Planeta y que, por supuesto, es merecedora de un análisis mucho más amplio que el que hemos podido ofrecer desde estas páginas.

## Molina Foix: militancia y vida personal

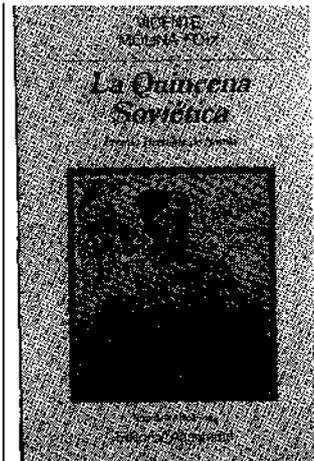
**L**A *Quincena Soviética* es una novela extraña. Posiblemente se debe al hecho de que

pesa más en el relato el poeta que hay en Molina Foix que el novelista. Desconciertan el ritmo argumental, las características del estilo, la propia confesión del personaje-narrador y la alternancia de los elementos objetivos con los subjetivos. El libro no nos ha encandilado, pero tampoco sería justo decir que es una novela mediocre. Es evidente el empeño del autor por lograr un discurso literario original y valioso, al tratarse de un argumento tan historicista y, en el fondo, tan socorrido como es el de la militancia de unos jóvenes en el PCE y en la clandestinidad de los años sesenta. Se deriva, así, una obra que no es ni una novela poética ni una novela histórica, sino una rara fusión de ambas cosas. Para que nos hagamos una idea, este libro no se parece en nada a la *Autobiografía de Federico Sánchez*, de Jorge Semprún, por citar un ejemplo clásico de relato-documental, pura Historia sin un claro ingrediente de ficción.

En *La Quincena Soviética* lo documental queda en un lugar secundario, pues aunque se reconocen esos años y ese ambiente del franquismo, no suele haber demasiadas fechas, nombres y episodios concretos, es decir, esos que suelen pasar a los libros de Historia. Incluso se observa algún error, como el de situar el tradicional discurso de Franco por radio y televisión en la Nochebuena —«En Nochebuena, cenando todos lo mismo que otros días, oímos por la radio el mensaje del Generalísimo...» (pág. 35)— cuando en realidad lo pronunciaba hacia el 29 ó 30, pues, precisamente, se llamaba «mensaje de fin de año». La validez y concreción a la hora de reconstruir el ambiente de aquellos años hay que buscarlas más en los rasgos de interés sociológico, como pue-

den ser los clichés lingüísticos y mentales de los jóvenes concienciados —como entonces se decía—, de los universitarios antifranquistas y de los cuadros del partido. La aparición del libro resulta oportuna ahora que nos hallamos en una época de desencanto, de muerte de muchas ideologías o de revisión de los planteamientos teórico-revolucionarios de antaño. De ahí que resulte palpable la ironía del autor cuando refleja el lenguaje de las camaradas de la célula o el argot encendido y lleno de lugares comunes de los panfletos. Es ahí donde resulta más precisa la reconstrucción del entorno: por ejemplo, en esas chicas que leen a Freud y que se cuelgan de sus libros incluso para conjurar y justificar intelectualmente su primera experiencia sexual.

Eran aquéllos, en efecto, unos años en que la condición de «pro-gre» y antifranquista regía los comportamientos de la juventud: existía como una tácita censura o latente y recíproco control que lo revisaba todo, desde los gustos literarios, musicales y artísticos hasta la forma de entender las formas afectivas y sexuales y de manifestarse sobre todo lo divino y lo humano (mejor dicho, sobre lo humano, pues hablar de lo divino podía ser tildado de reaccionario), sin olvidar todo un fetichismo y toda una parafernalia de símbolos y gestos de filiación, en el fondo, religiosa. Uno de los méritos de Molina Foix es haber sabido trasladar a su relato con fidelidad ese comportamiento de los progresistas de entonces y que en la intimidad de las células debía desfoguearse de puertas para dentro, pues de puertas afuera —y ese detalle tampoco se le escapa al autor— un auténtico comunista de carnet tenía que fingir y actuar con precaución y, por consiguiente, no



podía dejar traslucir ese progresismo con la misma vehemencia que los demás: esas alharacas estaban reservadas al resto, a simpatizantes y compañeros de viaje. Después está el conflicto —al que ya aludimos más arriba— que existe entre la vida personal del militante frente a la disciplina, sacrificios y renunciaciones a los que le obliga el Partido: ésta es una de las claves del libro y guía el «comportamiento de *Ramiro/Simón*, el personaje-narrador, aunque no siempre con la misma nitidez, pues sus reflexiones íntimas suelen estar cargadas de excesivas elipsis y sobreentendidos —propios del estilo peculiar del relato— o suelen derivar hacia apreciaciones anecdóticas y secundarias. En ese sentido, no nos dicen mucho sus reflexiones ante las pinturas de San Antonio de los Alemanes en Madrid o las que le provocan el mar y las playas cercanas a Valencia: nos esperábamos más de la intimidad de Ramiro y lo que escuchamos son pequeños retazos de pequeñas reflexiones en un lenguaje más o menos de andar por casa. De los ingredientes no tan escurridizos de la novela preferimos las situaciones cómicas y todo el humorismo que se desprende de episodios como el del comunicado que se lee en el teatro o el inocente número que los comunistas de Valencia preparan en La Lonja, cuando hacen aparecer milagrosamente el martillo y la hoz ante los estupefactos ojos de las autoridades. Hay algo de sabor *naify* pos-

moderno, risueño y desdramatizado, en el estilo y en el tono de Molina Foix, que quizá es lo que más le conviene al retrato de los ideales de aquellos muchachos. También es una forma idónea de disimular o atenuar los rigores de aquella represión, de la sangre de los represaliados y de todas las miserias de la lucha política de entonces. Incluso las efusiones poéticas aparecen detenidas y sincopadas, como un efecto más del neovanguardismo y de la neodes-humanización de nuestros días. Un ejemplo de esa pose de frescura y desenfado literarios puede ser el homenaje implícito que el autor dedica a las ferlosianas novelas *Alfanhuí* y *El Jarama*, cuando introduce materiales y referencias de estas obras en las páginas 169 y 170 del libro, concretamente en el relato de postguerra de un viejo militante: no hace falta haber estudiado a Ferlosio en profundidad para darse cuenta de la procedencia de ese *collage*.

No sé si *La Quincena Soviética* es la novela de la juventud activista y antifranquista de esos años. Los temas nunca están cerrados, y la aportación de Vicente Molina Foix habrá estado, quizá, en la conveniencia de describir con la suficiente distancia y la oportuna desdramatización las peripecias de la clandestinidad, así como en la de reflejar oportunamente la verborrea ideológica del momento. Por encima de todo brilla el noble entusiasmo de quienes estuvieron dispuestos a sacrificar su vida privada e incluso su vida en aras de una causa.